

LOS CIEGOS

15

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HISPANO AMERICANA

SUMARIO

EL ESPACIO Y LOS CIEGOS, por Diego Abad de Santillán. — LA «CURACIÓN DEL CIEGO», por Manuel Bartolomé Cossío. — CIEGOS ILUSTRES: AL-AMIDI, por Ahmed Zéki Pachá. — CIEGOS Y PÁJAROS (poesía), por Antonio Zozaya. — PERSPECTIVAS, por El Conde de la Fé. — LOS CIEGOS EN EL CONCIERTO, por José Zamora. — LA VIDA Y LOS CIEGOS: EL CIEGO GUÍA DE LAS NIEVES DE ALGARIÑO, por Ismael G. de la Serna. — SERVIDUMBRE Y LIBERTAD, por el Dr. Emilio Javal. — ANORANZA, por María Luisa Legórburu. — DE AQUÍ Y DE ALLÁ: ASPECTO SOCIAL DE LOS CIEGOS, por M. Costa Dquidt. — GLOSARIUM, por D. A. de S. — ECOS. — LOS CIEGOS (cuento), por R. Maluenda. — Dibujos y reproducciones de Adela Carbone, «El Greco», Ismael G. de la Serna y varias fotografías.



ABRIL 1918

25 CÉNTIMOS

EL EMPORIO DE VENTAS

Rogamos a las familias de provincias que llegan a Madrid, visiten nuestra nueva Exposición de muebles y objetos decorativos. Los hay de todos los gustos y variedad de precios. Si os vais a casar, no dudéis un momento en alhajar vuestras casas con los cien mil objetos que os ofrecemos a la base de una baratura inconcebible. Vedlo y os convenceréis de esta verdad.

Leganitos 35.--Telf. 1.942

Compañía Colonial

Indisputable superioridad en
CHOCOLATES
café molidos y en
grano, té, tapiocas.

CASA FUNDADA EN 1854

DE INTERÉS GENERAL

Todo el mundo puede ir decentemente vestido y tener su casa confortablemente amueblada, comprando á **PLAZOS** en los grandiosos y bien surtidos almacenes que

FÉLIX GÓMEZ

Tiene abiertos al público en la calle

Conde de Romanones, 3 y 5, bajo.

Camas **M** Muebles **M** Sastrería **M** Tejidos
Relojes **M** Zapatería **M** Mantones **M** Gramófonos

A plazos **Teléfono 22-91** A plazos

Lámpara de filamento metálico **ELECTRA** la mejor y más económica del mundo

PEDIDLA EN TODAS PARTES Y MUY ESPECIALMENTE
Á LOS COMISIONISTAS CIEGOS

Depósito: Reyes, 12, Madrid



Los CIEGOS

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HISPANO AMERICANA

DIRECTOR-FUNDADOR
ANTONIO LAS HERAS HERVÁS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
EGUILAZ. 5, PRINCIPAL

Año III.—Núm. 15

SUSCRIPCIÓN ANUAL
España, 3 ptas. ☉ Extranjero, 4 ptas.

Madrid, Abril 1918

El espacio y los ciegos

La percepción visual del espacio

Ningún problema en la psicología del ciego es más interesante que su adquisición de la noción del espacio.

A creer a Janet, a Binet y a Bourdon, por ejemplo, los ciegos carecerían del concepto espacial, tal como lo poseen los videntes, pues profesan que la vista percibe directamente la distancia, así como las otras dimensiones de la extensión, y es en definitiva —como dice Janet—, no sólo el *sentido del color*, sino el *sentido del espacio*. Igualmente sostiene Alfredo Binet: la percepción del espacio en superficie puede ser facilitada por el ojo, sin ayuda de los músculos; la misma impresión de relieve es susceptible de ser obtenida por una simple sensación óptica sin movimiento de los ojos; pero los ojos no perciben verdaderamente más que la relación entre dos longitudes o entre dos anchuras, y aunque reproducen la extensión en sus tres dimensiones, no dan la medida absoluta de cada una de ellas, sino sus relaciones.

La retina, salvo algunas diferencias accesorias —sensibilidad a la luz— está dotada de las mismas propiedades que la superficie del resto del cuerpo. En este punto de vista se comporta poco más o menos como el tacto. Lo que los distingue es la propiedad de percibir la extensión en profundidad. El ojo posee la percepción del relieve sin movimientos musculares, el tacto no. En este aspecto es más limitado el tacto que la vista; pero lo que pierde en extensión lo gana en precisión. El tacto no nos da a conocer más que la extensión en superficie, pero esta medida nos la da exacta. La vista no percibe la distancia absoluta entre dos puntos situados en el mismo plano,

porque percibe al mismo tiempo la distancia de esos puntos al ojo.

El ojo no percibe más que relaciones y no dimensiones absolutas de la extensión en superficie y en profundidad; no mide la extensión, la siente. Tal es la creencia de Müller, Donders, Nageli, Panum, Hering, Janet, Binet, etc.

Carlos Dunan

El problema que el filósofo francés se plantea, es el siguiente:

Las imágenes que los ciegos natos tienen de los objetos del mundo sensible, ¿son de la misma naturaleza que las imágenes de los videntes? O bien, las figuras geométricas percibidas en el mundo exterior por el tacto y los movimientos de las manos en el ciego y por los ojos, ayudados o no del tacto y del sentido muscular en los que ven, ¿dejan en la imaginación de los unos y de los otros impresiones semejantes o impresiones diferentes?

De un modo preliminar sienta que las imágenes geométricas, sobre todo las simples, o son idénticas o completamente heterogéneas, pues el que las posee en el espíritu ha de percibir las enteras o no las percibe. Dada la parte tan considerable que el sentido de la vista tiene en la formación de nuestras ideas de los cuerpos, no es dudoso que la representación del mundo sensible sea en el ciego de nacimiento profundamente distinta de la del vidente.

Rechaza la teoría empirista de los Bain, de los Stuart Mill, de los Spencer, etc., según la cual, nuestra idea de espacio nos sería dada por el sentido muscular.

Opone agudísimas objeciones a la teoría nativista que sostiene que la noción de espacio es debida a los sentidos especiales, con exclusión de las sensaciones musculares. El nativismo, bajo cierto aspecto, pudiera ser el precedente de la teoría de Dunan; sin embargo, la percepción del

espacio necesita de los datos del sentido muscular.

Wundt profesa una doctrina que tiene una afinidad más notable con la del filósofo francés. El profesor de Leipzig afirma que en el *sensorium* de cada hombre las sensaciones propiamente luminosas de la vista se combinan y fusionan en cierta manera con las sensaciones musculares del ojo para constituir la sensación de extensión coloreada; y lo mismo las sensaciones táctiles de resistencia se combinan con las sensaciones musculares de los dedos, de los brazos o de los órganos locomotores para constituir las sensaciones de extensión táctil.

Ahora el problema es averiguar si del precedente trabajo de composición de las sensaciones propiamente visuales y táctiles con las musculares debe resultar una forma de extensión o dos. Y aquí comienza la originalidad de Dunan, que se pronuncia por el doble modo de composición que daría por resultado dos maneras de percibir el espacio, una visual y otra táctil.

En el espíritu del que ve la idea visual y la idea táctil de la extensión de un cuerpo cualquiera no coexisten, y esto por la razón de que si los fenómenos del mundo exterior no entran jamás en su experiencia sin revestir la forma de la extensión, no es necesario, o más bien, es imposible que tomen dos formas extensivas a la vez en la conciencia.

La percepción táctil excluye la percepción visual y viceversa. En el vidente, triunfa el espacio visual sobre el táctil, por la patente superioridad de la vista en diversas especies de actividad.

El espacio del ciego no es una simple sucesión de acontecimientos exteriores, como quieren los asociacionistas ingleses, sino que sus partes existen en simultaneidad; esto va en contra de los que han creído que la vida del ciego se deslizaba en el tiempo solamente.

La visión es una percepción a distancia, y el ciego no puede tener idea más que de una percepción por contacto. En la visión, la distancia que separa al observador del objeto es un factor esencial de la dimensión bajo la cual aparece; en la percepción táctil ese factor ha desaparecido completamente. El ciego no puede tomar medidas angulares de los objetos; el vidente sí, porque el ojo no se mueve más que sobre sí mismo para recorrer los objetos, y las manos, los dedos o los brazos del ciego nato, al recorrer un objeto, le dejan en el espíritu una noción de su área muy diferente de la que se obtiene por la medida de los ángulos.

Apoya Dunan su teoría con numerosas observaciones sobre ciegos.

Un ciego operado de cataratas viendo un objeto en movimiento no podía creer que lo que veía era movimiento, porque éste no tenía ninguna relación con el movimiento hasta allí percibido por el tacto. De aquí se sigue la irreductibilidad del espacio visual y táctil.

En el vidente no hay ninguna noción del espacio táctil; todas las percepciones de la extensión

que le da el tacto se traducen necesaria y espontáneamente en imágenes visuales.

En fin, la génesis y naturaleza del espacio en el ciego nato es completamente distinta de la del vidente, a aceptar la hipótesis de Dunan.

En aquél se forma por el tacto y el sentido muscular, y en éste por el sentido muscular y la vista, y el estado intelectual de uno y otro en nada se asemejan al imaginar los objetos del mundo exterior.

Elias de Cyon

Junto a la teoría metafísica del espacio de Carlos Dunan resalta la teoría fisiológica del gran Elias de Cyon, tan rigurosamente empírica.

Cyon coloca en el laberinto del oído los dos sentidos matemáticos: el geométrico, cuyo funcionamiento nos sirve para formar el concepto de espacio de tres dimensiones, y el aritmético, al cual debemos el origen de nuestro concepto de número, así como el de tiempo.

Merece leerse esta obra del fisiólogo ruso: *Das Ohrlabyrinth als Organ der mathematischen Sinne für Raum und Zeit*. Sus ideas sobre la adquisición de los conceptos de espacio y de tiempo están resumidas en el libro *Dieu et science*.

La ley de causalidad es el primer fundamento de todo conocimiento humano; ella nos obliga a reconocer la existencia de un espacio real, sin el cual no serían posibles ni los movimientos de los cuerpos sólidos ni, en general, cualquier especie de sensación.

Kant creía que el espacio no era una noción empírica sacada de experiencias exteriores, como quería Locke; el espacio es una representación *a priori*; no es un concepto general de las relaciones entre objetos, sino una pura idea. ¡Cuán lejos está Cyon de Kant! Son innatos o preexistentes, según el primero, no nuestras representaciones del espacio o nuestras ideas, sino los órganos que nos dan estas representaciones, y estos órganos son los canales semicirculares del laberinto del oído; el hombre y los animales superiores tienen tres pares de canales semicirculares, y de ahí su espacio de tres dimensiones. Algunos microorganismos, por ejemplo, el *petromyzon fluviatilis*, no tienen más que dos, y las sensaciones que reciben son sólo de dos direcciones: no se pueden orientar más que en dos direcciones tampoco.

Las sensaciones propias de los canales semicirculares son las de orientación, que no entran en la conciencia más que cuando la atención se concentra sobre ellas.

Los ciegos de nacimiento poseen representaciones exactas de la dirección y del espacio, representaciones que, según las experiencias de Cyon, no pueden ser más que por el laberinto del oído.

La línea recta, como línea de dirección constante y como el camino más corto entre dos puntos, tiene su origen en las sensaciones del laberinto; he aquí la prueba: no solamente el hombre,

sino todos los animales que poseen este órgano conocen la línea recta como el camino más corto; se dirigen con la mayor precisión rectamente para llegar lo más rápidos al fin; lo contrario sucede a los animales a quienes el laberinto falta, y que se orientan con ayuda de su vista y de su olfato: son incapaces de seguir la línea recta.

En fin, Cyon nos describe el mecanismo de los canales semicirculares, y como una lesión en ellos puede modificar y aun borrar la noción de espacio. Estuvo convencidísimo de que su teoría era incontestable, y de que la geometría euclídea tenía una base fisiológica en el laberinto del oído, al cual se deben también los movimientos de los globos oculares y, eventualmente, los de la cabeza y el tronco.

Pedro Villey

Hoy nada tenemos más completo y acabado sobre la concepción del espacio en el ciego, que las investigaciones de Villey, consignadas en su libro *Le monde des aveugles*. Villey es ciego desde los cuatro años y medio, y profesor de la Facultad de Letras de Caen.

Afirma que en el cerebro del ciego encontramos imágenes espaciales, pobres, sin duda, pero muy concretas; en muchas circunstancias de la vida intelectual, y aun de la vida física, son estas imágenes los sustitutos naturales de las imágenes visuales.

Las imágenes que el ciego recibe por el tacto se despojan de los caracteres que constituyen las modalidades propias de la sensación táctil y difieren de ella profundamente. El residuo que deja la sensación táctil, excéptuando el color, no carece de ningún elemento de los que integran la imagen visual, y podríamos decir que coincide aquélla con ésta.

La sensación táctil es analítica y sucesiva, y la sensación visual es sintética y espontánea. Pero las imágenes coinciden en casi todos sus elementos; no hay más que dejar al ciego un tiempo mayor para explorar el objeto cuya representación mental se desea. La sensación de los movimientos que acompañan al acto no entran en la representación. La imagen táctil es distinta de la sensación táctil.

Las imágenes de los ciegos hallanse despojadas de su materialidad; pero al recordar un objeto cualquiera, así como nosotros nos lo imaginamos visualmente, los ciegos lo hacen por medio de su memoria táctil.

El ciego dispone, como el vidente, de imágenes extensas, sintéticas, muy sutiles, muy móviles, de lo que pudiera llamarse *visión táctil*; esta visión es la que da las apariciones que surgen en el cerebro libres de toda impresión muscular consciente, de toda representación de los dedos o de las manos; menos ricas, menos complejas, menos extensas que las imágenes visuales, pero como ellas unas y múltiples a la vez, percibidas enteras y hasta en sus detalles por el ojo interior de la conciencia.

En el espacio del ciego es sabido que no faltan las tres dimensiones, y que su geometría no difiere de la del vidente; por eso Villey rechaza la teoría tan discutida de Platner, para quien el ojo sólo da la percepción del espacio, y el tacto reducido a sus propias fuerzas, no nos daría ninguna idea de la extensión. Con una sagacidad profunda critica y desecha la teoría de Dunan.

Llega a la conclusión de que las imágenes espaciales del tacto presentan el carácter esencial de las imágenes visuales degradadas, y se esfuerza en demostrar que en los ciegos las representaciones son formales, y no simplemente auditivas o táctiles. No se imaginan el caballo por su relincho, sino como un animal especial, cuya imagen genérica es tanto más real, cuanto más son los conocimientos de cada uno. Es por su forma, sobre todo, como los objetos se presentan a su mente, no por sus cualidades sonoras o táctiles. Si el ciego nato careciera de la imagen morfológica de los objetos, para cerciorarse de lo que es una silla, tendría que explorarla toda cada vez que quisiera sentarse; para emplear su cuchara había de examinarla cuidadosamente antes, y no es así: un dedo sobre el respaldo de la silla le da la imagen entera idéntica, en su naturaleza, a la imagen visual de los videntes.

El espacio del ciego se presenta con los mismos caracteres esenciales que el espacio de los videntes; claro está que es adquirido por muy diferentes medios, y que su conquista no se hace más que al precio de largo trabajo. No se desarrolla, sin embargo, en todos, en el mismo grado, y los servicios que presta varían según su desenvolvimiento.

La mano es el instrumento casi exclusivo de que los ciegos se sirven para construir las imágenes y las representaciones espaciales.

En la construcción del espacio, Villey expone muy semejantes consideraciones a James aunque con más amplitud y claridad mayor.

Las imágenes espaciales del ciego, son menos concretas que las del vidente, pero son de la misma naturaleza; el espíritu trabaja más aquí, pues los datos sensoriales son menos precisos, y más analíticos. No hay diferencia de naturaleza entre la representación especial visual y la representación espacial táctil. En este aspecto la vista aparece como un tacto perfeccionado, el tacto como una vista ordinaria. Entre dos videntes, de los cuales uno es mal y otro es buen visualizador, puede haber tanta o más distancia desde el punto de vista de las representaciones espaciales que entre un ciego y un vidente.

El ciego sólo posee una percepción sintética de la pequeña extensión del espacio que abarca la mano, del «espacio manual»...

Fácil es, en fin, darse una idea de cuanto expone Villey sobre el espacio de los ciegos con solo recordar que para él la vista es un tacto de largo alcance, más el color, y el tacto una vista a corta distancia sin el color y más la resistencia.

Diego ABAD DE SANTILLÁN.

La «Curación del ciego»



CUADRO DE DOMINICO THEOTOCÓPULI, «EL GRECO», EXISTENTE EN EL MUSEO DE PARMA

EL interesante mago del pincel hizo este cuadro en sus primeros pasos. También con el mismo motivo y con grandes semejanzas y paralelismos, pintó otros dos más, uno que existe en el Museo de Dresde y otro que está en Madrid en poder de don José Eduardo Valle. El lienzo de Parma, a pesar de llevar la firma de *El Greco*, se le ha atribuido a Pablo Veronés.

Son muy parecidos los cuadros de esta trilogía pictórica; parece que el artista, una vez documentado, habiendo encontrado su fórmula, no hace otra cosa que tratar el mismo asunto, repetirlo con más o menos cuidado, dando unas ligeras variantes.

Jesucristo y el ciego, con aires de excelsitud, ocupan lo central del lienzo. Las gentes y los suntuosos palacios que en él figuran, son de Botsaida. Jesús atiende a los ojos del ciego. Pareciendo que una extraña luz, la de la Fe, surge del pietismo del grupo. El Maestro, ejecutado con una expresión dolorosa y compasiva, atiende al pobrecito enfermo, desnudo, y con alma de sumiso ante la majestuosidad de la atención.

En este cuadro de Parma, que ya contiene en germen gran parte de las condiciones que caracterizan al artista, debió quedar satisfecho de su obra, a juzgar, no sólo por la firma que en mayúsculas griegas hay escritas en el escalón, a mano izquierda, sino por la fina cabeza, que en línea recta, sobre la firma, asoma. El retrato es el más auténtico que tenemos del pintor.

Obra de su juventud. Admirable de dibujo y de color. Asunto ejecutado concienzudamente y sin amaneramientos. En donde el ciego, en vestíbulo de las supremas esperanzas, yace junto al poder de Cristo, anhelando la curación libertadora.

Manuel BARTOLOMÉ COSSIO.

Ciegos ilustres

AL-AMIDI

TENEMOS derecho a declarar en alta voz que es a un hijo de Oriente a quien pertenece el honor de haber concebido y ejecutado la idea de crear un alfabeto en relieve para el uso de los ciegos. Debemos agregar que el autor mismo era ciego y que había perdido la vista en edad temprana. Por haber sido desconocido hasta aquí, este hombre genial no tiene menos el honor de ser el primero en concebir la idea de que podía ser creada una escritura especial para el uso de los desgraciados cuyos ojos habíanse cerrado al mundo de la luz.

Cumplimos un piadoso deber al dar a conocer al mundo entero el nombre del verdadero inventor de este método ingenioso que permite a los desdichados privados de la vista leer, instruirse y cambiar perfectamente sus pensamientos.

Si es justo decir con el Nuevo Testamento: *Dad al César lo que es del César*, solicitamos que se aplique esta frase de oro a la memoria de Al-Amidi, y que se le reconozca el honor de haber encontrado el primer embrión del alfabeto para los ciegos.

Los detalles siguientes son tomados del Diccionario biográfico de Safadi:

El precursor de V. Haüy, se llamaba Ali, hijo de Ahmed, hijo de Yussef, hijo de Al-Khidr, más generalmente conocido bajo el nombre de Zein-el-Din Al-Amidi, porque era originario de la ciudad de Amid, en el Diarbékir (Mesopotamia). Profesaba el rito hanbalita, el más riguroso y meticuloso del Islam, el rito más puritano, si se nos permite esta palabra.

A una profunda erudición, Zein-el-Din Al-Amidi unía, en un grado asombrosamente prodigioso, la facultad de interpretar los sueños.

Apenas venido al mundo, tuvo la desgracia de perder la vista.

Esta era más bien una desgracia para sí mismo y para sus semejantes, porque su inteligencia se encontró así concentrada sin que los espectáculos exteriores y las miserias de la lucha por la vida pudiesen apartarle de su vocación o de su ideal. Se entregó desde sus primeros años al estudio, con más particularidad a la ciencia jurídica, a la polémica judicial, a la onirocracia, etc., etc.

En estos campos variados hizo abundantes cosechas; sabemos que dejó *anotaciones* y tratados que desgraciadamente no han llegado todavía hasta nosotros.

Por otra parte, había encontrado el medio de cultivar el estudio de las lenguas extranjeras, logrando igualarse a un ilustre antecesor, el ciego Ibn Al Dahhan, célebre profesor de la Universidad de Nizamieh, en Bagdad, cuya biografía es contada por Safadi: Ibn Al Dahhan, conocía a fondo el turco, el persa, el griego, el abisinio y la lengua del Zanguebar, y había recurrido a menudo a estos diferentes idiomas para hacer comprender mejor las lecciones a aquellos de sus discípulos que no eran de raza árabe. Nuestro Al-Amidi, que profesaba en la Universidad creada posteriormente en Bagdad, la de Mustansiryeh, estaba familiarizado con todas las sutilidades y las filigranas de varias lenguas extranjeras, principalmente el mongol, el turco, el persa y el griego.

En la visita hecha por el emperador Gazan a Bagdad en el año 694 de la hégira (1295 de la era cristiana), no se dejó de hablarle de Al-Amidi. Intrigado por todo lo que se le dijo, el emperador mongol, el primero de su dinastía que había abrazado el islamismo, tuvo el deseo de ir él mismo a ver al célebre ciego de la Universidad Mustansiryeh, con la intención de poner este hombre a prueba, sin comunicar, por otra parte, su proyecto a nadie.

Al día siguiente, todos los notables de Bagdad habían ido al palacio de la Universidad para rodear el Cheikh y recibir dignamente al emperador.

Los principales personajes de la corte imperial y los príncipes de sangre llegaban, unos a continuación de otros, en cortejos magníficos. Se les tomaba sucesivamente por el mismo emperador, y, en consecuencia, la multitud y los notables seguían el ejemplo de la guardia de honor, rindiendo a cada dignatario los homenajes imperiales. Sólo el ciego, tocando la mano que le alargaban sucesivamente los nobles visitantes, no se levantaba de su sitio, contentándose con responder al saludo que se le dirigía con una reverencia cortés.

En fin, un personaje hizo su entrada en la Universidad, con un cortejo menos brillante que los precedentes. El público, imitando la

actitud de la tropa, le hizo una recepción menos fastuosa. Pero apenas el recién llegado tocó la mano del ciego, éste se levantó bruscamente, y depositando un beso en la mano que se le había tendido, se prodigó en saluciones y en testimonios de deferencia.

Luego, sirviéndose de una, después de otra, de todas las lenguas que conocía, el Cheikh presenta al emperador sus homenajes, comenzando por el mongol. Utilizando, en fin, la lengua árabe, proclama con una voz fuerte y sonora a todos los asistentes reunidos, que el personaje allí presente era verdaderamente el soberano.

Sorprendido por esta perspicacia, Gazán lo colmó de favores, le revistió él mismo con una pelliza de honor y le dió una magnífica gratificación en dinero. Ordenó al mismo tiempo se inscribiera en provecho del Cheikh ciego una pensión mensual de 300 dirhems.

Zein-el-Din Al-Amidi supo conquistar al mismo tiempo la estima y la protección de los otros príncipes, de los ministros y también de las princesas del Serrallo.

Veamos, sin embargo, en qué condiciones ha sido llevado a constituirse en el verdadero y desconocido precursor del inmortal Braille.

Bibliófilo de los más eruditos, Al-Amidi reunió una importante colección de libros. Conocía siempre exactamente el lugar ocupado por cada uno de los volúmenes que componían su biblioteca. Cuando se le pedía un manuscrito que poseyese, iba sin guía al lugar preciso en que se encontraba el documento y lo tomaba de allí como si hubiera acabado de colocarlo en el instante mismo.

Si el libro se componía de varios volúmenes, encontraba inmediatamente el ejemplar pedido. El simple tacto le bastaba para darse cuenta exacta del volumen que tenía en la mano, y podía instantáneamente anunciar de cuántos fascículos se componía.

Cuando pasaba la mano sobre una página cualquiera, escogida al azar por el público, declaraba *incontinenti* el número de sus líneas, indicando las escritas en gruesos caracteres o con tinta roja.

Si la página contenía dos o tres géneros de escrituras, hacía conocer exactamente el lugar en que la pluma cambiaba. Jamás cometió el menor error en el curso de las numerosas pruebas a las cuales fué sometido.

Conocía además el precio exacto de todos los libros que había adquirido. Y es al cuidado que él tenía de conservar la señal y de guardarlo en la memoria a lo que es debida la invención del sistema rudimentario que debe ilustrar su nombre eternamente.

به وبعين ايمان جميع كسوف التي انشاها يا ابراهيم ذلك انه كان اذا استمر في كتابا
بشيء من الورق اخذ قطعة ورق خفيفة وقطع منها قطعة لينة وصنعها حرفا اذا
اكثر من حروف النسخ العبد من ان كتابه يتشاب بالمثل فربما يخطئ ذلك على طرف حيله
الكتاب من داخل ذلك من حروفه وورقه يتغيره فتسا هذا اشد من ذهبه كنية
من كتاب تام من كتب حتى الموضع الذي علمه في ذلك الكتاب به يتعرف قسمة
من تيسر القيد للمصنف فينه وكان لا يمان في الاشارة ولا الاشارة الى
وعنه شدة عظيم في حاله وتروية لينة في شيا با حرفة وحرفة والتاسر والكتاب
والرؤسا عليه القبال على عظيم في حرفة وتفضله دور عنه ودينه وعلمه وتراسته
ودرسته وتروية وجه الله تعالى بعد شدة انجني عشرة وسبعائة مائة مائة
واسمه جميله ودينه ابراهيم

Facsimil reproducido del texto árabe relativo a la invención del alfabeto para ciegos.

(Pág. 154 del código conservado en la Biblioteca Umumyeh, de Constantinopla, n.º 5.631 del Catálogo.)

Cuando compraba un libro, tomaba un trozo de papel muy delgado, lo enrollaba entre sus dedos y, plegando este hilo de un nuevo modo, para darle los contornos de los tipos del alfabeto, lo encolaba sobre el ángulo interior de la cubierta, en su parte baja. El valor numeral de los tipos así encolados correspondían al precio del libro.

Para impedir que estos tipos en relieve se aplastasen, tenía cuidado de encolar en la misma página un cartón del mismo espesor, gracias al cual los caracteres no sufrían ninguna presión y podían, por consiguiente, conservarse indefinidamente.

Así, cuando el precio del libro escapaba a su memoria, no tenía más que tocar estos caracteres en relieve para saber inmediatamente la enseñanza que deseaba obtener o dar.

Sería de desear que un feliz investigador echara mano a algún volumen de esta preciosa biblioteca del precursor de V. Haüy y descubriese así una parte de su obra, que constituiría el primer documento destinado a enseñar a los ciegos a leer y a escribir, con la ayuda de los caracteres en relieve.

Este ilustre oriental, el primero que tuvo la idea de substituir por el tacto la vista, para dar a aquellos en cuyos ojos se extinguía la facultad de descifrar los libros, murió al comienzo del año 712 de la hégira (1312 de J. C.)

Las revoluciones que desgarraban entonces los pueblos árabes han tenido, entre otras consecuencias desgraciadas, la de detener esta idea ingeniosa en su albor inicial y ahogar así sus primeros gérmenes bienhechores.

Esta fortuna estaba reservada a Valentín Haüy, el inmortal genio francés, cuya gloria no será ciertamente aminorada por haber tenido en Al-Amidi un precursor árabe.

AHMED ZÉKI PACHA

Ciegos y pájaros

La historia que deciros me ha encomendado su autor, en que es muy cierta tenaz se empeña, porque ocurrió en el mundo de lo soñado y sólo es verdadero lo que se sueña.

Fué la protagonista de ojos gentiles una linda muchacha de quince abriles. ¿Se llamaba María? ¿Laura? ¿Enriqueta? El autor lo ha olvidado. ¡Lástima ha sido! ¡Bah! ¿Qué importan el nombre y el apellido? A esa edad una niña siempre es Julieta.

Era tan santa, que subían los rezos a su garganta como a los nidos suben los aleteos estremecidos.

Inquieta y desvelada por cualquier cosa, era, como andaluza, supersticiosa, y abriendo con espanto sus ojos bellos, creía en torvos duendes de negras alas, que venían de noche, cuando eran malas, a tirar a las niñas de los cabellos.

Hacia el bien siempre quiso guiar su marcha, y una noche que el ciervo sembró de escarcha el césped y el estanque cubrió de hielos, temiendo que muriera de pulmonía, cogiendo al pajarillo que más quería, lo guardó en una caja de caramelos.

Y con espanto, sintiendo en sus pupilas brotar el llanto, viendo muerto al jilguero por la mañana, supo por vez primera su alma cristiana que es bueno ser piadosa; ¡pero no tanto!

El balcón de Julieta daba a un plantío lleno de cuantas frondas tiene el estío, de cuantas flores pinta la primavera e ilusiones azules la edad primera.

Y allí, bajo la copa de los almendros, cruzando por el aire, pleno de aromas, bajaban las bandadas de las palomas a los prados cercados de redodendros.

Jardín el más hermoso de los jardines, con viveros de rosas y de jazmines, y qué tiene, cercada de margaritas, una fuente que evoca tiernas plegarias, de esas que, rumorosas y solitarias, recuerdan a los viejos glorias marchitas.

Una noche, Julieta, mirando al cielo, veía entre las nubes rodar la luna

y al espacio insondable tendiendo el vuelo, soñaba en los azares de la fortuna.

Como sabemos que vemos en el cielo lo que queremos, creyó ver de las nubes en las madejas, un mancebo de largas, rubias guedejas, que, el espacio con paso gentil hollando, la citara cruzada sobre la espalda, la punta de sus dedos iba besando, para arrojar los besos sobre su falda.

Y fué en este momento cuando a la altura se elevaron acordes en la espesura.

Una nota tan tierna como un lamento llegó hasta los oídos rasgando el viento.

Quebró el silencio augusto la melodía de una romanza melancólica y triste, que parecía la queja de una pena sin esperanza. ¡Música prodigiosa! Julieta, oyendo del violín las notas, se fué adurmiendo en nostálgico ensueño de algo bendito; que, cuando le da el genio su voz sublime, un violín es un alma que canta o gime y su eco un llamamiento de lo infinito.

En la armónica caja vibra encerrada la palabra que al hombre formó del lodo; un sabio me lo ha dicho, que sabe todo, y que, por consiguiente, no sabe nada.

A la luz de la luna, débil e incierta, de la verja florida junto a la puerta, vió al músico la niña, rígido y mudo, y sintió en su garganta formarse un nudo.

Era un niño como ella; cabellos de oro hasta su hombro bajaban flotando al viento; su pie estaba descalzo y el instrumento oprimía en sus manos como un tesoro.

Le arrojó una moneda, que él buscó en vano durante largo tiempo; la halló y su mano se alzó en señal de gracias. La niña luego, de su temor ingenuo rompiendo el dique:

—¿Cómo te llamas?—dijo.—Me llamo Enrique.

—¿Por qué buscas a tientas?—Porque soy ciego.

¡Ciego! Pero en las sombras de lo creado al alma se alumbraba sin duda alguna.

¡También el pobre niño desamparado veía en los espacios rodar la luna!

Y Julieta, suspensa, bajó la frente y lloró la desdicha del inocente; porque ignoraba,

alejada del mundo, como aún estaba,
que el ciego ve las cosas como cualquiera
cuando a lo noble y bello rinde tributo.

Pero cerrar los ojos a lo Absoluto...
¡Eso es andar a tientas y eso es ceguera!

—¿Volverás esta noche?—Vendré mañana.
—No vayas a engañarme.—Te hablo de veras.
—¿Traerás el instrumento?—De buena gana.
—¿Tocarás melodías?—¡Las que tú quieras!
Y él marchó silencioso por el sendero
y ella quedó un momento tras los cristales,
contemplando la gracia del caballero
y aspirando el perfume de los rosales.

Y luego, ya acostada, dijo sus rezos;
sintió llegar el sueño, dió dos bostezos,
y, cerrando sus ojos limpios y hermosos,
como un ángel, Julieta quedó dormida
para soñar ingenua con otra vida
en que todos los niños eran dichosos.

Una, diez, veinte veces volvió el artista
a demostrar sus dotes de concertista,
y, largamente,
los niños departieron de cosas bellas,
mientras allá, en los cielos, sobre su frente,
daba vuelta el enigma de las estrellas.

Él trabajaba mucho; pero, algún día,
dueño de los secretos de la armonía,
ganaría riquezas gallardamente;
caerían los laureles sobre su frente
y el universo entero lo aclamaría.

Para ello no pedía sino enseñanza,
protección y cariño; pero, en probanza
de gratitud, daría glorias y honores
a los que fueron antes sus protectores.

Y una vez que la dicha fuera cumplida,
buscaría a la musa que le dió aliento
para echar a sus plantas gloria y contento
y adorarla de hinojos toda su vida.

Así los desgraciados soñando vienen,
en todas las comarcas, tiempo infinito;
ellos hacen castillos; son de granito;
si luego se desploman, ¿qué culpa tienen?

Y el tiempo fué pasando libre de angustias;
llegó el otoño frío con sus ultrajes
y fueron, poco a poco de los ramajes,
cayendo amarillentas las hojas mustias.

El cielo, antes sereno, se hizo plomizo,
y, al beso de los cierzos, aniquiladas,
las últimas gardenias fueron tronchadas,
azotado su cáliz por el granizo.

Y como sin la dicha que nos consuela,
la pasión más ardiente también se hiela,
una noche de nieblas y de aguacero
emblaron los dos niños de susto y frío,

ella bajo las galas de su atavío
y él bajo sus andrajos de pordiosero.

Todo tiene un otoño que punza y hiere;
todo pasa, se agosta, se inclina y muere.

Tristeza, agotamiento son nuestros lotes,
y así perdidas,
unas vidas se acaban para otras vidas
y unos brotes se secán para otros brotes.

Resguardada en su lecho del cierzo rudo,
aquella misma noche, triste, Julieta
se preguntó cien veces, febril e inquieta,
a dónde iría el niño, solo y desnudo.

Y aún no sabía
que el niño, en sus ensueños de poesía
y de gloria en sus ansias y afán vehemente,
daría tembloroso diente con diente,
porque, pese al Parnaso, la gloria es fría.

Desenajada y mustia, por la mañana,
la actitud adoptando de una espartana,
decidió ser piadosa de cualquier modo
y por el bien ajeno, perderlo todo.

Sería y austera,
fué a buscar a su padre, y el padre que era
un carácter que siempre bebió en su copa,
de los que el bien practican a quemarropa,
frunció el ceño, cual padre que se halla en vilo;
lanzó sobre Julieta su reprimenda
y dispuso que el bardo de la leyenda,
aquella misma noche fuera a un asilo.

¡Pobre Enrique! Ignorando penas tan hondas
acudió como siempre, bajo las frondas.
Nunca jamás oyeron las espesuras
notas tan inspiradas, frases tan puras;
nunca su arco, de modo tan firme y vario,
arrancó al instrumento sus armonías,
que eran himnos y quejas y melodías
y esperanzas y anhelos de visionario.

Con sorpresa y espanto se halló aprehendido
por dos hombres; su ruego fué desoído;
y al contemplar sus glorias vueltas mancillas,
el violín soltando que le quitaban;
pensando que la gloria le arrebataban
dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Julieta, desde lejos, vió la refriega;
midió las consecuencias de su pecado
y escuchó la protesta del desdichado
que, vuelto hacia el palacio, le dijo:—¡Ciega!

Y luego, temerosa de que los cielos
apagaran para ella su eterno brillo,
se acordó de la muerte del pajarillo
encerrado en la caja de caramelos.

Antonio ZOZAYA.

PERSPECTIVAS

ERA un ciego que tocaba admirablemente el piano. Un día fué llamado a una casa distinguida. Gustó muchísimo, pero en el salón dejó una mala impresión que disminuyó su mérito, impresión producida por sus ojos, que estaban vacíos.

Una persona que le acompañaba y que le quería lo notó, y desde el día siguiente, el pianista ciego usó lentes oscuros, con los que destruyó para siempre aquella sensación desagradable, haciéndolo más admirado y más sociable.

Es una niña ciega, muy joven, tiene ocho años; traviesilla, juguetona, muy lista, se ríe siempre y de todas las cosas, pero su risa me denunció inmediatamente algo más que el contento de su alma infantil; al través de ella ví un desarrollo excesivo de su inteligencia y un principio de debilidad en su organismo, y muy especialmente en los nervios; aquella risa era una risa nerviosa, desgarrada y escéptica.

¡Pobre niña ciega, sobre la que acecha constantemente un ataque de meningitis, la neurastenia, la locura o la muerte!

¡Y qué fácil sería detener este trance fatal, sólo con que sus educadores la hicieran prescindir por algún tiempo de todo trabajo mental, ocupando su atención en actos puramente materiales y repetidos, y se dedicasen a fomentar el desenvolvimiento de su organismo con ejercicios gimnásticos, trabajos campestres, fuerte alimentación, aire, sol y agua, hasta conseguir su armonía orgánica, base de toda vida sana, fuerte, bella y fundamento de todo trabajo y utilidad!

Le conocí en su portería, fría y húmeda; alto, delgado, muy joven, tendría unos diez y siete años; su cara y sus manos estaban pálidas y un poco rígidas, a pesar de su juventud; eran alargadas y demostraban delicadeza e inteligencia.

Este ciego aprendía el violín y lo tocaba muy nostálgicamente, como hablaba; en una institución en donde se educaba, comía al mediodía, y gracias a esto, iba viviendo; pero llegó el día en que su cuerpo se fué encorvando, su pecho se contrajo y de él salía una tos cruel.

¡Lástima de ciego, bueno, estudioso y optimista y lástima de su arte, a quien la vivienda, la alimentación y las preocupaciones ma-

tarán irremediabilmente en medio de una multitud incomprensora y de una sociedad indiferente!

Tiene unos treinta años, es alta, bien formada y sobre su vida orgánica sólo pesan de vez en cuando fuertes cefalalgias, hijas de su trabajo excesivo y de sus cavilaciones de ciega.

Trabaja muchas horas al día, haciendo objetos de crochet: una pelerina de medio cuerpo la hace en una jornada de diez horas; esta pelerina vale en el comercio doce pesetas; la lana necesaria y utilizada cuesta seis; por su confección recibe esta ciega laboriosa y melancólica una, reservándose el almacén por su mediación cinco pesetas.

Aquí yace, a resolver, un aspecto social de la ceguera que hoy entristece a los ciegos trabajadores y a otros les arroja a la calle, convirtiéndolos en mendigos. Aspecto económico-social perfectamente solucionable con sólo encauzar un poco los sentimientos caritativos de las gentes hacia una institución benéfica que, erigiéndose en su único intermediario, se encargue de la venta de estos trabajos, dejando las ganancias íntegras para los ciegos. (Léase «Bazar de los Ciegos», publicado en el núm. 13, págs. 11 y 12 de esta Revista, correspondiente al mes de Febrero.)

Estudiaba con afán y con fé; era joven y listo, el que más se distinguía en sus clases de la Universidad.

También tenía novia; la amaba locamente, con el amor de que es capaz un ciego joven y culto. Ella era bonita, distinguida y le correspondía; pero llegó el último día, uno de esos días de gran visión o de gran ceguera.

Nuestro desconocido entró en su despacho a ultimar la memoria de su doctorado en Letras, encargando que no le molestaran ni le llamasen hasta que él saliera... Pasó mucho tiempo, y cuando entraron, lo encontraron muerto... Se había suicidado.

Su suicidio fué porque creyó ver que su novia se sonrojaba ante la idea de estar enamorada de un ciego, que su familia le compadecía y que los estudios admirables de otro ciego conocido suyo no le servían para nada en nuestra patria; fué un momento de vacilación, de duda, de intensa amargura; fué un estado nervioso... y ha sido un acto engendradora y preparador de nuestra sentida, necesaria e imprescindible labor social.

El CONDE de la FÉ

Los ciegos en el concierto

A lado mío estaban los ciegos, y nadie hubiese creído que lo fueran, a no ser por lo extraño de su conversación, en la que los perfiles de sus rostros eran casi siempre paralelos, sin ese afán de los que vemos de contemplar en los ojos de otro el reflejo de nuestras palabras. Ellos hablaban hacia el frente, y sus pupilas incoloras o extrañamente hundidas, les daban un aspecto de estatuas pensativas.

Sobre sus frentes estaba el galón negro y oro de la desolación y de la orfandad. Y como todos tenían la misma vaga semejanza de la ceguera idéntica, parecían todos hermanos —cosa que no nos acontece a nosotros— todos hermanos igualmente desgraciados, como príncipes de balada. Ellos estaban allí como el que espera algo inefable o tal vez un milagro. Mientras los demás charlaban o reían en confuso rumor, ellos eran como neófitos llenos de esperanza en una nave sombría.

En la sonoridad discorde de las conversaciones y del templar instrumentos, ellos discernían sutilmente el alma dolorosa, tierna o heroica de cada uno de éstos, y parecían saborear de antemano la claridad inefable que pronto iba a hacer en sus almas una Anunciación.

Apenas hablaban atentos e inmóviles. Con sus pupilas blancas y sus testas tonsuradas, tenían un aspecto petrificado y misterioso. La falena de Psiquis encerrada en una cárcel sin ventanas, eso era lo que me evocaba el presentimiento de sus almas ocultas detrás de las córneas impenetrables... Vibró en el aire, tras el golpe imperioso y mágico de la batuta, un aletear de arpas y el desperezo lánguido de los violines, en el sensual misticismo del Martirio de San Sebastián, de Claudio Debussy. Y todo el temor estremecido del pueblo agolpado en el patio de las azucenas, sofocado de su aroma sexual y del ardor de los carbones encendidos, en los que se desmelenaba la cabellera azul del incienso y del áloe, todo el supersticioso espanto de los arqueros de Emeso, acorazados como insectos de oro y de azabache, y todo el exasperado amor de los mártires atados a las columnas pintadas con el ultramar y con el minio, fueron surgiendo en una fantasmagoría inefable. Y eran las mujeres órficas, con velos del color del azafrán, y del de los crocus y de los narcisos. Y la madre dolorosa con sus velos violeta, seguida de los siete efebos y de las siete vírgenes veladas. Y eran el prefecto inexorable,

roído de podagra y de vicio, apoyado en sus esclavos impúberes.

Todo aquello evocaba para mí la música... Y luego era la danza extática, la danza sobre las ascuas versicolores coronadas de humo ligero, la levitación de las piernas desnudas, cuyo eburneo adolescente se teñía de leve rosa en una claridad de milagro... Y el esplendor de las azucenas paradisíacas, cada una de ellas convertidos sus pétalos en cinco haces de luz celestial, en una conflagración de deslumbramientos, mientras las trompetas arcangélicas lanzaban su llamada triunfal y resplandeciente... ¡Sebastián!

Los aplausos fueron como vuelos innumerables de palomas, y miré a los ciegos, buscando en sus pupilas el reflejo de las magnificencias reveladoras. Ellos, no ayudados como yo, por el mago recuerdo de los trajes y los telones de León Bakst, ni de las actitudes botticellianas de Ida Rubinstein, la diabólica hebrea gynandra, ¿cómo podían apreciar el sutil comentario de la música, oro purísimo en donde los colores se engastan como perdrerías preciosas?

Les miré fijamente. Y vi en sus rostros herméticos la expresión de un placer tan puro, tan quintaesenciado y tan desprovisto de prejuicios, sin las limitaciones de color y de la línea, que me quedé mudo y envidioso.

Ellos no estaban sometidos a influencias extrañas, y en sus almas, vírgenes de inducciones, aquella música abría paraísos que para mí serían siempre totalmente desconocidos. Sin la sugestión de lo ya visto, era para ellos que se aparecía, milagrosamente, el santo de la bella cabellera, y en vez de la afectada androginia de la danzarina, surgía ante sus espíritus en su verdadero sér, sin forma humana, todo de luz y de armonía celeste, y en lugar de los lirios de cartón aureolados de luz eléctrica, ellos, sin duda alguna, veían los verdaderos lirios del cielo, y era aquello lo que hacía resplandecer intensamente sus rostros, como un reflejo de sol poniente en las rocas.

Hubieran sonreído enigmáticamente, sin comprenderme apenas, si yo les hubiese explicado el demasiado teatral recuerdo que me sugería la música. Pero, en cambio, en vano hubiese yo deseado que ellos me explicasen su visión del poema. No hubiesen podido. Como seres que vienen de países desconocidos, no pueden hacerse entender de nosotros sin explicarnos paisajes opuestos a los nuestros de un modo total, ellos tampoco hubiesen podido revelarme su secreto.

José ZAMORA

La vida y los ciegos

El ciego guía de las nieves de Algarinejo

AMIGO Las Heras: Le escribo desde Loja, donde hemos venido a tomar parte en un mitin de propaganda; este es un pueblo que sufre más que ningún otro las consecuencias de la política española y necesita de estos actos para salir de su inercia.

Hemos hablado ante un puñado de pueblerinos, y después paseamos por el pueblo, curioseándolo. Recorriéndolo, nos ha sorprendido la llegada del correo de Algarinejo: un jinete admirable que se destacaba sobre el azul del cielo y los blancos de las casas, del camino y de las nieves; parecía una creación miguelángelica, trotando con su caballo, manejándolo con facilidad estupenda.

Al detenernos, para verlo, alguien nos dijo que era ciego, y ante esta circunstancia, expuse mis deseos de conocerle. Hablé con él, me dijo que era ciego de nacimiento, y al expresarse pone tan grande emoción en sus palabras, que parece nos habla con el alma.

Tiene un gran cariño a su caballo, y cuando piensa en que se le puede morir, sus palabras salen difíciles, su voz se empaña y el pecho se le oprime... Es la mayor desgracia que podía ocurrirle, y teme por él como nosotros podíamos temer por nuestra vista.

Su caballo lo es todo. Con él ha atravesado estos montes formidables llenos de nieve y de sol, y con su caballo ha sentido las emociones del aire, de la velocidad y del paisaje. Nos lo explicó con una justeza y apreciación completamente exacta, y luego me habló de su amor y más que amor, pasión por las cosas de justicia.

Al tratar de ellas su alma se ilumina y da alegría oírle, porque ve mucho más estas honradas cuestiones que cuantos están encargados de encauzarlas. Le pregunté por su cacique, y por toda contestación se echó a llorar, diciendo: ¡Yo quisiera ser más fuerte!

Después le he hablado de los ciegos que por ahí conozco, y le he recomendado algunas cosas de consuelo, y al despedirnos estreché mis manos con la efusión y afecto de unos amigos de toda la vida...

¡Acaso lo fuésemos, porque juntos vivimos un momento de inquietud, y en la inquietud, en el infortunio y en todas las grandes emociones, es donde más somos y mejor podemos conocernos.

Este es el ciego que está encargado de llevar la correspondencia al pueblo, y en todo tiempo —con sol ó con nieve— cruza las veredas con su caballo, su fiel lazarillo. Salta por las trochas y pone en comunicación a este pueblo desgraciado con el resto del mundo.

Puede faltarle su caballo y el pueblo

será el ciego, y a pesar de ello, ¡hombre de espíritu que exclama mientras llora pensando en su pueblo: ¡Quién fuera más fuerte!

Ahí le mando un dibujo que he hecho de este ciego por si cree interesante el publicarlo.

El lunes saldré para esa, y espero volver a nuestros paseos nocturnos recordando a Ruben y Verlaine y evocando a Mozart a Beethoven, a Chopin y Schumann.

Y sin otra cosa y rogándole me perdone el no haberle escrito hasta hoy, le saluda muy cordialmente su buen amigo

Ismael G. de la SERNA



Servidumbre y libertad

I

«Los que deseamos ardientemente la vista, no es por gozar de los encantos de los rostros y para distinguir los colores, sino para libertarnos de las múltiples molestias que la ceguera crea en casa, en la calle o en la mesa. Es, sobre todo, para libertarnos de la dependencia que pesa sobre nosotros.»

Estas líneas transcritas son de M. Guilbeau, profesor de la «Institución Nacional de Jóvenes Ciegos» y fundador del Museo Valentín Haüy, hombre eminente, cuyos consejos han sido para mí de la mayor utilidad.

Si estas apreciaciones son ciertas para aquellos que, como M. Guilbeau, han perdido la vista en su infancia, lo son tanto más para aquellos que durante larga parte de la vida han gozado de ella. Una de las modalidades de la servidumbre a la cual no puede sustraerse el ciego, es la imposibilidad en que se halla a menudo de poder comprobar por sí mismo los asertos de los demás. Si no tiene confianza en la buena fé de los que le rodean, la vida se hace para él intolerable. No se debe engañar nunca al ciego, aunque fuera con la mejor intención, pues en este caso, a cambio de un favor pasajero, se destruye en él la confianza. Es penoso recurrir a los demás para los actos más insignificantes. «Nadie comprende a nadie», ha dicho Bécquer. Cada cual tiene, aun respecto del más íntimo amigo, su «fuero interior», que dicta en la vida cotidiana los actos íntimos, e insignificantes quizá, pero de los cuales no nos agrada aclarar los motivos. Y si de sí mismo nada se oculta, siempre es grato y discreto reservarse las confidencias del prójimo. Al principio, me fué imposible guardar el secreto de mi correspondencia con los videntes; después he llegado a ello paulatinamente, y más adelante explicaré los medios.

En sociedad, la servidumbre del ciego es casi continua; no puede nunca escoger su interlocutor; es éste quien se impone siempre. Imposible es esquivar al individuo molesto, acercarse al grupo simpático o llamar aparte a determinada persona que, casi siempre por discreción, no viene a librarnos del importuno inconsciente.

Para la mayoría de las tareas, un socorro mercenario es preferible. Por ejemplo: un lector pagado lee aquello que nosotros queremos, vuelve a leer el pasaje que nosotros deseamos recordar y deja sin acabar un capítulo que nos parece exento de interés. Además, nos hace gracia de sus comentarios. Si le dictamos

una carta, no nos interrumpe para espetarnos su opinión. Mas a veces, de dócil esclavo se convierte en tirano doméstico o cancerbero atrabiliario el individuo que por su función se hace indispensable. Yo he conocido un ciego sin familia que fué esclavo hasta la muerte de su secretario y de su cocinera, y que vivió feliz gracias a la menguada independencia que le dejaba el odio recíproco de ambas personas.

Desde Antígona hasta hoy se ha visto que muchas mujeres, hijas de ciegos, han hecho absoluta abnegación de ellas mismas. Cualquiera que sea la satisfacción que puedan encontrar en su inmoción, si es digno el admirarlas, censurarlas es también conveniente. Habría que contarles la lamentable historia del poeta inglés cuya hermana fué compañera suya en todos los momentos y que, cuando murió ésta, se encontró más desamparado que al perder la vista. ¿No hubiera hecho mejor aquélla casándose y dejándole sobrinos? Y esta otra, madre admirable que se consagra enteramente a la educación de una hija, ¿tiene disculpa para descuidar otros deberes?

Es necesario que el ciego no abuse de tales sacrificios por ser caprichoso en el reparto de su tiempo. Es necesario que se imponga a sí mismo la regularidad de horas, y cada vez que en su vida arreglada quiera intercalar cualquier proyecto, deberá hacerlos conocer, para que cada cual pueda obrar en consecuencia.

Todos los esfuerzos deben tender a dar al ciego el máximo de libertad y de independencia compatibles con su estado, enseñándole los medios de hacerse a sí mismo el mayor número de cosas posible. Cuanto más sepa ocuparse solo, tanto más efectuará por cuenta propia y estará más satisfecho estando menos a cargo de los demás.

Entre todas las previsiones a las cuales el ciego es extraordinariamente sensible, aquella de mantener ante sí el orden más perfecto, con el fin de poder hallar todo cuanto busque, debe ser preferentemente observada. También es necesario que, en lo posible, clasifique él mismo sus papeles, para no estar a la merced de una persona determinada cuando los necesite. Puesto que la pérdida de la libertad es la peor de las consecuencias que acarrea la ceguera, cuando una persona pierde la vista, la primera cosa que es menester hacer es apresurarse a hacerle conocer todos los procedimientos que le permitan obrar por sí mismo. La exposición de estos medios constituye el objeto de las presentes líneas.

Dr. Emilio JAVAL

Añoranza

FUERON momentos de indecible angustia que nunca olvidaré: cuando la mano amorosa de mi madre abrió, como de costumbre, las ventanas de mi alcoba, torrentes de luz inundaron la estancia y una suave brisa, henchida de los aromas de primavera, besó mi frente. Luego sentí que unos labios tibios se posaban con amor en mis mejillas y que la suave cadena de unos brazos queridos me aprisionaba.

Era mi madre que, como siempre, venía a despertarme. Esperé inútilmente, quedando muy extrañada de no oír su voz, dándome como otras veces los buenos días.—Se habrá olvidado de saludarme — pensé; — pero luego, fijándome más, vi con horror que, a pesar de no llegar a mis oídos la impresión del más leve sonido, sus labios se movían. Apreté mis sienes convulsivamente, creyéndome víctima de una pesadilla; pero el velo de la incertidumbre se rasgó pronto y se presentó ante mis ojos la negra realidad en toda su terrible amargura. ¡Sordal — ¡Dios mío! grité angustiada, — y mientras el vértigo se apoderaba de mi alma, mi imaginación calenturienta y agitada me presentó con colores muy vivos el naufragio de mis esperanzas y de mi felicidad.

Y recreándome inconscientemente en la tortura de mi pobre corazón, le dije angustiada:

—Despídete de la vida y cubre con la losa del olvido el recuerdo de la dicha perdida.

Y mi corazón lloró lágrimas de sangre. Me reconcentré en mí misma, ansiando encontrar un poco de calma; pero con los ojos del espíritu creí ver una procesión interminable de sombras negras que, presididas por el más sepulcral silencio, marchaban sigilosamente, haciéndome al pasar muecas grotescas como si se burlaran de mi infortunio. Sentí la im-

presión de la agonía al despedirme para siempre de los sublimes encantos de la música que tanto adoré y del eco de voces queridas que hacían mi felicidad. ¡Oh, hombres, gozad, que en medio de vosotros, triste estará mi alma pensando en días felices cuyo recuerdo son su tortura! Y pasaron muchos días y todo me parecía sombrío visto, a través de mis lágrimas.

Pensaba en el pasado y mis brumas de melancolía cubrían mi alma y mi corazón tembló al pensar en el porvenir. Sentí hastío por todo cuanto me rodeaba y empecé a languidecer, sin que las palabras de consuelo que me dirigían pudieran hacerme revivir. Pero llegó un día.

¡Oh, gran día! en que la razón surgió, y alzándose majestuosa, me dijo airada:

—Basta ya de tristezas, sacude ese hastío y vive.

Y sentí que una oleada de esperanza circulaba por mi sangre, y que como impulsadas por viento huracanado se despejaban las negras nubes que hacían tiempo cubrían el horizonte de mi vida.

Tuve vergüenza de mi pasada melancolía al comprobar que podía vivir en un mundo incomparablemente mejor del que hasta entonces había vivido.

Mundo lleno de encantos; pero desconocido para las almas vulgares que, cautivas en los gustos prosáicos de la vida, tienen vedado el paso a esa deliciosa región a donde mi alma envuelta en un silencio de ensueño vuela rauda en alas de su fantasía. Gozo de una calma que invita a pensar y me hace gustar delicias nunca soñadas cuando oía la voz de los hombres. Mi corazón ha revivido a un mundo nuevo de ensueño, de paz y de poesía.

Y como yo, vosotros los ciegos, podéis gozar de este mundo encantador, en el que no encontraréis luz, color ni perspectivas; pero que estará más lleno de armonía, de verdad y de amor.

María Luisa LEGÓRBURU

Logroño, Enero 1918.



UNA LECCIÓN AL AIRE LIBRE, DADA POR LA HERMANA CIEGA SOR CEFERINA EN EL COLEGIO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN, PARA SEÑORITAS SORDO-MUDAS O CIEGAS DE MADRID

De aquí y de allá

Aspecto social de los ciegos

El abandono en que se hallan los faltos de vista en nuestra patria, depende, a mi parecer, de que la Sociedad no conoce al ciego más que bajo un aspecto: el de mendigo.

Acostumbrada la gente a ver a los privados de la luz en las esquinas de las vías de más tránsito, alargando la mano para implorar una limosna y recurriendo, con el fin de lograr ésta, a las engañosas palabras de «una limosna para un pobre ciego que no lo puede ganar», han llegado a creerse que el fallo de vista no puede servir para nada que no sea el implorar con tono lastimero la caridad pública, y por este motivo creen cumplir con una gran obra de misericordia, depositando en manos del ciego el óbolo que aquél solicita, haciéndoles ver para conseguirlo una inutilidad que no existe.

El ciego pide limosna, porque no se le ha puesto en condiciones de trabajar; porque desde niño no se le fué inculcando la idea de que la falta de vista no oscurece la inteligencia, y, por lo tanto, el ciego, si no puede dirigir un globo o guiar un automóvil, se halla apto para estudiar algunas carreras (y aun para poderlas ejercer si se le prestase apoyo) y desempeñar bastantes oficios. Y en cuanto al arte musical... aquí tendría ancho camino el ciego si se le enseñase a conciencia, si no se le cerraran las puertas para ejercer cargos que en este arte podía desempeñar y si no se viese privado de hacer oficialmente sus estudios en el Conservatorio como los que ven.

Por hallar tanto obstáculo en su camino, aquellos cuyos ojos no están abiertos a la luz y que su familia no cuenta con recursos suficientes para que puedan vivir, se ven obligados a echarse a la calle para mendigar las monedas que necesitan para su sustento, y de tanto repetir aquejadumbrosas las palabras ya antes citadas de «una caridad por el amor de Dios para un pobre ciego que no lo puede ganar», han llegado a creerse que esto es verdad, y por esta razón los ciegos callejeros se encuentran faltos de aspiraciones, no tienen un ideal. Oyen indiferentes los razonamientos que se les hace, de que debemos unirnos todos los faltos de vista para que con la unión (que es la fuerza) podamos lograr la redención del ciego español, y los niños sin vista de hoy hallen mañana cubierto de flores el camino por donde nosotros no hemos encontrado más que escollos.

En suma: que el ciego necesita libros y talleres donde no sólo se le adiestre en los oficios, sino que se dé salida a los productos allí fabricados. Que los profesores en las escuelas y colegios no se limiten a enseñar conforme es debido, y abre-

viando los estudios (cosa esta última muy necesaria para los que se ven obligados a vivir de su trabajo), sino que, una vez terminados dichos estudios, se haga la labor post-escolar.

La ceguera no es una desgracia; es un accidente, un obstáculo contra el cual tenemos que luchar. Así, pues, nosotros no nos consideramos desgraciados por la falta de vista; lo que nos causa pena es el concepto de inutilidad en que se nos tiene.

Los videntes, ante la perspectiva de la ceguera, exclaman, asustados: «¡Vista, Señor!...» Yo, que no puedo ver el azul del cielo ni la belleza de los campos, exclamo sin vacilar: «¡Inteligencia, inteligencia, Señor, que es el todo en el hombre!...»

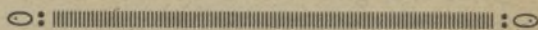
Aquel que posee una mente clara, vigorosa, sea éste ciego, sordo, manco o cojo, puede ser útil, no sólo a su familia y a su patria, sino a la Humanidad entera.

Es tiempo de que se deseche la creencia en que estaban los romanos, de que únicamente era ciudadano capacitado el que se hallaba apto para empuñar las armas.

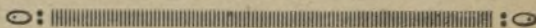
Estamos en el siglo xx, y en un siglo que se distingue por su progreso, tiene que haber hombres que, conociendo al ciego, sepan de lo que es éste capaz, y traten de que España se ponga a la altura del Extranjero en lo que a la educación y porvenir de los faltos de vista se refiere, pues en esto... llevamos cien años de retraso.

Procúrese, por cuantos estén obligados hacer en pro de nuestra causa, siquiera sea por justicia y humanidad, ganar ese tiempo lastimosamente perdido, poniéndonos en condiciones de trabajo y ciudadanía, mirando con los ojos de nuestra inteligencia a los bellos horizontes, que sobre el particular se extienden en Europa, y comience a percibir nuestro espíritu destellos de luz de ese glorioso día en que el ciego español ha de ser redimido.

M. COSTA DQUIDT



Si quiere usted proteger adecuada y dignamente a los ciegos, utilice sus servicios: son profesores, músicos, afinadores, venden periódicos y lotería, lámparas eléctricas, chocolates, té, cafés, azúcares, jabones y perfumes, ponen asientos de rejilla y enea, hacen trabajos de crochet y confeccionan cestas de todas clases. Todos estos servicios le serán á usted inmediatamente prestados con sólo solicitarlo de la Administración del Bazar de los Ciegos, Eguilaz, 5, principal.



GLOSARIUM

CONFERENCIAS SOBRE HOMERO

por Víctor Bérard

En el Instituto Francés de esta corte ha dado recientemente unas conferencias sobre cuestiones homéricas el sabio profesor de la Escuela de Altos Estudios de París, Víctor Bérard.

Hizo notar las distintas concepciones de los poemas de Homero en lo que a su génesis se refiere, afirmando y demostrando muy acertadamente con argumentos de gran valor, la existencia de Homero y la unidad de su obra tan discutida a fines del siglo XVIII y durante todo el XIX.

Entre los nuevos datos aportados por el profesor Bérard a esta tesis, figuraron unas proyecciones sobre la geografía de la *Iliada*, de gran mérito y originalidad.

LA CARRIERE D'UN AVEUGLE

por Winifred Holt

Miss W. Holt es una interesante figura norteamericana que puso al servicio de los ciegos su inteligencia y su abnegación; actualmente es la providencia de muchos combatientes que perdieron la vista en la guerra. De su pluma sutil y delicada brotaron las hermosas páginas de *La Carrière d'un Aveugle*, cuya versión francesa está hecha por M. L. Le Verrier. Trata de la vida del economista inglés, ciego, Henry Fawcett. Nos describe primorosamente su juventud, su vida de estudiante, su actuación como profesor de economía política y como parlamentario, su concepción del problema social, su humanitarismo, puesto de manifiesto bien a las claras al discutirse en el Parlamento inglés la cuestión de la India y, por fin, su carácter emprendedor en el Ministerio de Comunicaciones.

Lo que más resalta en el libro de Miss Winifred Holt es la vida íntima y familiar del ciego representativo Henry Fawcett.

FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA PAIDOLOGÍA, por Domingo Barnés

Esta obra llena un vacío angustioso para los aficionados a la Paidología. Compilaciones semejantes nos hacen infinita falta para aminorar las fatigas de los que, sin más instrumental científico que su voluntad, se disponen a cultivar ciencias que, como la Psicología, la Pedagogía, la Sociología, están en vías de formación, y, por su naturaleza, dependen de su historia.

En la introducción a su libro, nos ofrece Barnés una breve reseña del influjo que en la Paidología ejercieron las doctrinas de Rousseau, de Pestalozzi, de Fröbel y de Herbart; luego su génesis y sus relaciones con la Psicología y la Pedagogía, y sus títulos para aspirar a completa independencia, independencia innegable desde que Oscar Chrisman la proclamó a fines del siglo pasado.

La obra propiamente dicha está dedicada a dar a conocer los libros, diccionarios, archivos y revistas, instituciones y congresos paidológicos o referentes a la Paidología, de Alemania, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia y Suiza. Cuando tropieza con algún libro, artículo o Congreso importante se detiene a examinarlo y resumirlo.

No menciona a Rusia, a los países escandinavos, a los pueblos hispano-americanos y a la misma España, por haber contribuido escasamente al progreso de la ciencia del niño; no obstante, nos parece que en un breve capítulo debiera haber indicado algunos de los trabajos que sobre el niño se publicaron en estos países, sobre todo en Rusia.

Por otra parte, las *Fuentes para el estudio de la Paidología* serán apreciadas tanto más cuanto mayor era la necesidad que de un libro semejante teníamos.

D. A. de S.

ECOS

Gracias a la laudable iniciativa y celo del doctor americano D. Raúl del Bando y Moya, se ha constituido en la Asociación Barcelonesa de Amigos de la Instrucción la primera Biblioteca pública para ciegos de Cataluña.

El acto de inauguración se celebró solemnemente el día 20 del actual en el Fomento del Trabajo Nacional, de donde forma parte la citada Asociación, ante distinguidas personalidades y representantes de la Prensa. Es probable que con el interés que ha acogido esta obra la Junta de la misma, quedará en breve organizada convenientemente para su prosperidad en bien de los ciegos, no sólo de Barcelona, sino de toda España. Esta Biblioteca será literario-musical y ya cuenta con algunos interesantes volúmenes que han sido donados por el Rector de la Universidad y ciegos particulares; entre ellos está *Don Quijote de la Mancha*, de nuestro inmortal Cervantes.

El día 27 del actual y a los cuarenta y cinco años de edad, ha muerto en su finca del Ventanaje (Jaén) el Excmo. señor D. Rodrigo Messía y Aranda, conde de Humanes, a quien dejó ciego hace nueve años una operación ocular, llevada a efecto con el fin de estirparle las cataratas.

Tenía la carrera de Derecho y tocaba el piano y el violín; llevó con gran resignación la ceguera, a la que se adaptó prontamente, no impidiéndole seguir su acostumbrada vida de ocupaciones y de relaciones sociales. Acogió siempre con gran cariño a cuantos ciegos solicitaron de él alguna protección.

Reciban su viuda, sus hermanos y sus sobrinos nuestro reconocimiento y sincero pésame.



Los Ciegos

por R. Maluenda

(Dibujos de Adela Carbone.)



CONCLUSIÓN

Y sus palabras apresuradas fueron deshaciendo poco a poco su exaltación. Calmóse su afán. A las amenazas sucedieron las súplicas; se hizo penoso su decir. Y cediendo, por fin, a las instancias de los gemelos que le representaban todas las penas que había de sufrir si persistía en sus propósitos de venganza, prometió olvidar, olvidar... si podía. Por de pronto, sería aquella la última semana que trabajaría en el «Bar»; le hablaría al empresario de la Barraca Grande, tocaría allí, como era el deseo de los niños...

Y al final de todas aquellas concesiones arrancadas entre advertencias cariñosas, sintiéndose alejado del hechizo que había magnetizado su alma durante tanto tiempo, Martín lloró con amargo llanto, presintiendo que había de morir como no muere nadie: sin haber tenido un querer en la vida...

Pero un incidente burló todo propósito.

Era el día en que los ciegos habían de cobrar su paga. Llovía. Uno de esos aguaceros, tan copiosos como repentinos, propios de la región fronteriza, inundó los campos, azotó el poblado, paralizó el tráfico... En el «Bar» sólo entraban los empleados de la vecina estación, bebían una copa, pisoteaban un momento sobre el húmedo entablado y tornaban después a su trabajo, echando pestes contra el tiempo, contra las obligaciones, contra la vida que las ha creado.

Arreciaba la lluvia cuando llegaron los ciegos.

—¡Vaya unos tejos! No le han tenido miedo al diluvio, —les dijo el patrón.

Ellos saludaron, estuvieron indecisos un largo rato, se pusieron de acuerdo y el de los ojos blancos expresó al alegre patrón que desde el día siguiente no trabajarían ya en el «Bar». Estuvo conforme el amo con aquella resolución; se las hubiera propuesto él mismo a no temer el dejarlos desamparados. Con aquel tiempo sobraba la música para los escasos parroquianos que entraban al cafetín...

Arregló sus salarios, les ofreció una copa y les propuso que aguardaran allí hasta ver si la lluvia escampaba.

Al alejarse los ciegos, advirtió el mutismo de Martín, y sonrió, expresando:

—¡Este Martín! Quién lo hubiera creído...

Afuera caía la lluvia pesada, triste, «como un

llanto sobre una pena». Acentos roncacos horadaban a intervalos aquel monótono run run del agua, y cuando alguien empujaba la puertamampara se sentía en toda su fuerza el fragor del temporal.

—¿Quieres que nos vayamos, Martín?

Pero él no quiso, y pidió un nuevo vaso y bebió como si tuviera sed. Y otra vez el silencio reinó en el recinto.

Martín se puso de pie, los gemelos lo imitaron; y los tres, sin hablarse, caminaron hacia la puerta; al salir, el agua y el viento les azotaron el rostro. Entonces los niños quisieron detenerse para abrir sus paraguas, pero el mozo los arrastró tras de sí y los dos hermanos le siguieron, procurando cobijarse al abrigo mezuquino de los aleros.

—Martín, espera...

Le sintieron seguir la marcha sin responderles. Los niños habían abierto ya su paraguas y cogidos del brazo echaron a andar tras del compañero. Mas, por ligeros que caminaran, advertían siempre delante de sí los pasos apresurados del ciego.

—Martín...

Un instante se detuvieron indecisos: no era ese el camino, iban errados, necesitaban doblar a la derecha; por ahí se iba hacia el despoblado, hacia el río. Pero los pasos de Martín resonaban en aquella dirección, alejándose, y ellos continuaron adelante.

La lluvia les mojaba el rostro, el viento sacudía sus vestimentas y hubieron de gritar los dos a un tiempo para hacerse oír a través del fragor del agua:

—Martín!

No les respondieron, y al detenerse nuevamente para prestar oído y orientarse, advirtieron ya lejos los pasos del amigo. Repentinamente los sobrecogió el temor y cogidos de la mano corrieron un trecho, se detuvieron otra vez: el agua caía sorda, implacable, bebiéndose todo rumor; nada, ni un ruido, ni un paso, ni un acento interrumpían el chapotear de la lluvia.

Entonces, sintiéndose perdidos y solos, les sobrecogió el miedo, se estrecharon los dos niños temblando, y gritaron con desesperación:

—¡Martín! ¡Martín!...

Y ni siquiera el eco respondió a su angustia.



COMPAÑÍA DE SEGUROS "IRIS,,

CAPITAL: 5.000.000 DE PESTAS :-: ESCUDOS: 1.000.000

Casa Central:

Rua Arco do Bandeira, 231, 1.º Lisboa-Rocio

Teléfono 386. Telegramas: IRIS.--Code Used Rivelro y A. B. C.

Delegación General en España: Mayor, 16, pral., MADRID

Teléfono M-953.--Apartado núm. 725.--Dirección telegráfica y telefónica: IRISIS

CODE USED A. B. C.

Delegado General: D. JENARO LAS HERAS

EN ESPAÑA TRABAJA SOLAMENTE EL SEGURO MARÍTIMO Y TIENE
AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE MAR

GRAN CAFÉ ESPAÑOL

Carlos III. 1. ♦♦ MADRID

Servicio esmerado. Cocina reputada. Billares de precisión. Grandes conciertos de música clásica y moderna todas las noches y días festivos por la tarde.

Aguas minerales

:: naturales de ::

CARABANA

Purgantes depura-
tivas. Antibiliosas

:: Antiherpéticas ::

Propietarios: Viuda é Hijos de J. L. Chavarri
Dirección y oficinas: Lealtad, 12.--MADRID

Casa Apolinar

:: Gran Exposición de muebles ::

Visita esta casa antes de comprar

:: Infantas, 1 duplicado ::

TELÉFONO 2.951

VISITAD LA GRAN SASTRERÍA

DE

LEONCIO VARGAS

Allí encontraréis los últimos figurines y trajes a medida a precios muy económicos. Inmenso surtido en paños y panas. Sección completa en ropas hechas. Se surten colegios.

Calle de Toledo, 43.--MADRID

(Junto a la Iglesia de San Isidro y frente al Café.)



EL ATLAS

Compañía Anónima Española de Seguros Marítimos,
de Transportes y de Valores

Domicilio social: Prim, 5. -- MADRID

Director-gerente: Alberto Marsden

Esta Compañía tiene constituido en la
Caja General de Depósitos para garantía
de sus asegurados en España, en valores
del Estado español, el depósito máximo
que autoriza la Ley.



LLOYD DE ESPAÑA

Compañía Anónima de Seguros Marítimos, Transportes y Valores

DOMICILIO SOCIAL:
Prim, núm. 5.—MADRID

DIRECTOR GERENTE:
D. Alberto Marsden

Esta Sociedad establece **cuentas en participación** con todas las personas y entidades que lo soliciten en la cuantía que cada una fije de antemano. Con este nuevo sistema de operar, ofrece, entre otras muchas ventajas, las siguientes:

A LOS ASEGURADOS.—Facilidad para contratar los negocios de seguro marítimo y de transporte en general, por importante que sea la cantidad de la operación. **Seguridad y rapidez** en las liquidaciones de siniestros y averías.

A LOS SUSCRIPTORES.—Participación directa en el negocio de la Sociedad y en la proporción que fije el interesado. **Liquidación mensual de los beneficios**, que corresponden a cada partícipe por los negocios realizados.

Facultad para inspeccionar en todo momento la Administración de la Sociedad. Todo **sin desembolso de capital alguno** y con el máximo de garantía y seguridad que permiten estas operaciones.—Pídanse solicitudes y detalles en las oficinas: **PRIM, 5.—MADRID**

Imprenta Hispánico-Alemana, Jordán, 8.—MADRID